

La misión de la Universidad Católica en la sociedad contemporánea¹

Marcelo Bravo Pereira, L.C.

Profesor extraordinario de Teología Dogmática, Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

Desde finales del Medioevo –época en el que las escuelas catedralicias se transforman en universidades– hasta nuestros días, la Iglesia ha mantenido su misión educadora de nivel superior. Esta misión ha perdurado incluso en los momentos más aciagos de persecución y ha resistido a las tentaciones de asimilación ideológica a lo largo de los siglos². Eso porque la *Universitas Magistrorum et Scholarium*, aunque fue una institución fundada por la Iglesia y promovida por emperadores y reyes –y resistiendo al influjo de sus mecenas–, prontamente fue descubriendo su autonomía y su libertad, en cuanto destinada a la búsqueda de la verdad y de la universalidad del saber, sirviéndose de un pensamiento racional, histórico y crítico que la ha llevado a mantener y continuar su misión a lo largo de los siglos³. Podemos decir que, desde 1200 a nuestros días, la universidad nunca ha cesado de ofrecer su valiosa contribución a la sociedad occidental.

La mayor parte de estas grandes universidades se ha ido desvinculando de la Iglesia, abriéndose también a nuevas áreas del saber científico y técnico⁴. Por otro lado, en los últimos siglos la

¹ Conferencia dirigida a profesores en la Universidad *Finis Terrae* de Santiago de Chile, agosto de 2019.

² J. Ratzinger describe una de estas tentaciones de asimilación, cf. Mi vida. *Recuerdos* (1927-1977), Ediciones Encuentro, Madrid 1997, 113-115. J. Daniélou habla de la politización de la Universidad durante el siglo XX. Grupos que han saboteado la Universidad de acuerdo con la propia ideología y de allí a una politización de todos los ámbitos del saber (cf. J. DANIELOU, *Tests*, Beauchesne, Paris 1968, 21-22).

³ Una sencilla exposición de los orígenes de la universidad la encontramos en «El nacimiento de la Universidad», *National Geographic España*, 17 de octubre de 2016, en https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/el-nacimiento-de-la-universidad_7629/1 [7-7-2019].

⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA – CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS – CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria* (22 de mayo de 1995), nota preliminar: «Si las vicisitudes de la historia condujeron a la *Universitas magistrorum et scholarium* a ser cada vez más

enseñanza superior se ha ido ampliando y masificando. Las nuevas universidades han buscado responder al progreso técnico e industrial y a los retos de la economía y del mundo del trabajo cualificado. Hoy la universidad parece ser la vía normal de cualquier joven, independientemente de su posición social, que busque encontrar su lugar en el mundo del trabajo y pretenda dar un sentido a su existencia.

La Universidad –leemos en el documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad*–, hasta no hace mucho reservada a privilegiados, se ha ampliamente abierto a un vasto público, tanto en el campo de la enseñanza inicial, como en el de la formación permanente. Es un hecho importante y significativo de la democratización de la vida social y cultural. En muchos casos la afluencia masiva de los estudiantes es de tal magnitud que las infraestructuras, los servicios y hasta los métodos mismos tradicionales de enseñanza se revelan inadecuados.

J. Daniélou ha justamente advertido que en el pasado la Universidad era una estructura burguesa en el sentido que solo quienes tenían un nivel económico elevado podían permitirse entrar en la Universidad. Hoy, sin embargo, la Universidad se ha democratizado, se ha popularizado. Alcanza también a jóvenes sin posibilidades económicas, pero con capacidades intelectuales y emprendedores. Esto conlleva oportunidades y dificultades que la Universidad Católica tiene que afrontar.

En esta relación buscaré desarrollar cuál es el sentido profundo de la presencia de la Universidad Católica en la sociedad contemporánea. Sobre todo, será mi intención el colocar los fundamentos teológicos de este *munus docendi* que la Iglesia ha mantenido con tesón a lo largo de los siglos. Mi fuente principal es la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, sobre las Universidades Católicas del papa Juan Pablo II (15 de agosto de 1990), pero he preferido ofrecer mis impresiones personales.

1. Fe, cultura, humanismo y *humanitas*

Antes de pasar al desarrollo del tema, creo que es necesario hacer una distinción de niveles para evitar equívocos que podrían llevarnos por caminos que no queremos. Es necesario, pues, distinguir claramente entre la fe cristiana como adhesión personal, el cristianismo como propuesta cultural, el humanismo cristiano como fruto de la reflexión sobre la cultura y, finalmente, lo que podría-

autónoma, la Iglesia continúa igualmente manteniendo aquel celo que dio origen a la institución» [desde ahora este documento será citado con este título: *Presencia de la Iglesia en la Universidad*].

mos definir como humanismo *humanum*, es decir aquellos valores y principios perennes que son patrimonio de toda la humanidad.

En primer lugar, tenemos que hablar de la fe sobrenatural. «Por la fe –enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 143)–, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela». La adhesión de fe es personal, fruto de un encuentro y de un camino. No puede ser impuesta, ni puede ser requisito para un *cursum honorum* en la sociedad. Tampoco puede ser el punto de partida inicial para formar parte de un proyecto de Universidad Católica. Un miembro de la universidad podría no reconocerse como creyente y a la vez participar con entusiasmo en el proyecto formativo de la universidad. Por ello, la *Ex corde Ecclesiae* espera de los miembros no católicos de la universidad que respeten el «carácter católico de la institución en la que prestan su servicio, mientras que la Universidad, a su vez, deberá respetar su libertad religiosa»⁵.

En segundo lugar, tenemos el cristianismo como propuesta cultural. La cultura cristiana hace referencia al papel del cristianismo en la formación de la cultura occidental. Aunque la Iglesia ya no tiene un influjo decisivo en la dirección de las naciones, éstas continúan reconociéndose en valores tomados del cristianismo. No es posible volver sobre la historia de Europa o de América sin encontrar en cada una de sus páginas alguna referencia al cristianismo: ciencia, arte, literatura, política, filosofía, etc., lleva el timbre –para bien o para mal– de la cruz de Cristo. No se puede decir lo mismo de otras culturas en donde el cristianismo está presente desde hace siglos, pero no ha dado origen a una cultura. En Oriente –India, China y los países musulmanes– el cristianismo no ha penetrado la cultura. Los cristianos de estos países, no obstante su pertenencia racial, podrían sentirse extranjeros en su propio país.

La Iglesia ha contribuido desde la base y en modo capilar al desarrollo de la cultura occidental. Gracias a las instituciones cristianas –parroquias, hospitales, colegios, universidades, grupos juveniles, etc.– los valores que brotan del evangelio han llegado a todos los rincones de la geografía europea y americana y han formado y configurado el modo de ver la realidad a todos los niveles de la sociedad. Por este motivo, aunque muchos europeos y americanos ya no se reconozcan cristianos, sin embargo, su acercamiento a la realidad está empapado de cristianismo.

Finalmente, esta acción capilar, ha ido construyendo a lo largo de los siglos un *edificio espiritual* que podríamos llamar *humanismo cristiano*. Este edificio está cimentado en el mensaje de Jesús y en

⁵ JUAN PABLO II, constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, n. 27.

la tradición religiosa judeocristiana; sin embargo, los materiales que se han utilizados son valores y principios que no son necesariamente cristianos pero que han sido comprendidos y leídos a la luz del mensaje cristiano. La visión de la historia que ha aportado el judaísmo, la filosofía griega, el derecho romano, la estructura social de los pueblos bárbaros, el sentimiento religioso de los pueblos amerindios, etc., todo ha sido releído a la luz de los principios evangélicos. Este humanismo cristiano ha hecho mella en contextos no cristianos. Recuerdo el caso de Swami Vivekananda, reformador del hinduismo, conocido como «el más cristiano de los hinduistas y el más hinduista de los cristianos».

De acuerdo con esta triple distinción, podemos decir que la fe de la Iglesia es el alma que da origen a una Universidad Católica, que en Chile se coloca dentro de un contexto cultural postcristiano, pero aún dependiente del cristianismo –la universidad es fruto de la cultura cristiana–, y finalmente, el objetivo de toda universidad es promover el *humanismo cristiano*, es decir, la aportación que la reflexión cristiana ofrece a todas las culturas.

2. El contexto de la sociedad contemporánea y los retos para la universidad

El contexto cultural actual es radicalmente diverso del que dio origen a las universidades en la Europa que pasaba del Medio Evo a la Modernidad. Si nos trasladáramos imaginariamente al año 1231 –año en el que la Universidad de París contaba finalmente con un estatuto definitivo– nos daríamos cuenta de que una pregunta por la misión de la Universidad Católica estaría totalmente fuera de lugar. Aunque en el 1300 estaba ya cimentándose un nuevo modo de concebir la sociedad –se suele colocar el 1303, con la bofetada de Anagni, como inicio de la era moderna–, la Iglesia era el único motor moral y cultural de Occidente. Las ciencias eran promovidas por la Iglesia y los científicos y pensadores partían de una concepción católica y medieval del cosmos. En un universo católico, como el de santo Tomás de Aquino y de san Buenaventura, una Universidad Católica encajaba perfectamente. *Universidad católica* era un pleonismo.

La situación actual es totalmente diversa. De la autonomía se ha pasado a la separación y a la reducción del universo científico a las ciencias experimentales, relegando las *ciencias del espíritu* a mera literatura. Filosofía y teología han ido perdiendo su lugar en la nueva *universitas laica*. La expresión de J.L. Borges que la teología y la filosofía son parte de la literatura fantástica, fue tomada a la letra por muchos. La separación entre Iglesia y Academia, en

no pocos casos, se ha vuelto hostilidad y desconfianza recíproca. Desgraciadamente esta situación no fue solo originada por el pensamiento laico: en el pasado fuimos testigos del abandono de la misión universitaria por parte de no pocas instituciones religiosas, quienes prefirieron dirigir sus esfuerzos a otros ámbitos de la misión, aparentemente más evangélicos.

No pretendo detenerme demasiado en el análisis de la sociedad contemporánea. Evidencio solo algunos aspectos relevantes para nuestro tema. Comienzo por los aspectos positivos que podemos considerar como verdaderas oportunidades para la universidad.

- Un primer aspecto positivo es la cantidad de posibilidades al nivel técnico y científico que ha mejorado notablemente la calidad de vida de las personas. Este progreso ha sido posible gracias a la contribución de las universidades en las que se han concentrado las mentes más cualificadas desde el punto de vista científico. Gracias a ellos nuestro universo se ha expandido enormemente.
- Desde el punto de vista cultural, existe, como nunca antes en la historia, la posibilidad de establecer intercambios culturales a nivel planetario. Es feliz la definición del mundo como "aldea global" en el que el saber puede ser comunicado sin los límites geográficos de antaño. El saber se ha democratizado y ha alcanzado a los estratos más humildes de la sociedad.
- A nivel de las relaciones humanas se observa un sinnúmero de oportunidades. La nuestra es una sociedad que se abre más que antes a la relación personal. Si por un lado se ha perdido el valor de las instituciones, por otro se ha enriquecido la posibilidad de establecer relaciones no formales y sinceras. Se da mayor importancia a la persona que a la institución. La credibilidad se da al individuo, y no al rol que ocupa. Esto ofrece una grande oportunidad a los profesores con vocación de formadores y guías de la juventud. Hoy es más fácil convertirse en un profesor como John Keating –de la película *El club de los poetas muertos* (1989)– quien, abandonando las formalidades en la relación profesor-alumno, pudo dejar una huella decisiva en sus estudiantes.

Los aspectos positivos de la sociedad contemporánea no nos deben hacer olvidar los aspectos más críticos y preocupantes que interpelan a la universidad.

- El primero –que se consumó con el desastre de la Segunda Guerra mundial– es el derrumbe de las certezas y el colapso paulatino de las instituciones tradicionales. La Iglesia, en

los países tradicionalmente católicos, ha resistido por más tiempo, incluso más allá del 68, y pareció tener un efímero momento di gloria bajo el pontificado de Juan Pablo II. Sin embargo, los eventos de las últimas décadas están dejando en claro que la Iglesia como institución se está pareciendo cada vez más al gigante con pies de barro de la visión de Daniel. Las revelaciones sobre los abusos sexuales por parte del clero y las acusaciones de plagio y control de la conciencia están dando el golpe de gracia. En los últimos diez años estamos asistiendo a una deconstrucción del cristianismo católico a todos los niveles: crisis de la sacralidad y moralidad de los ministros, actitud de sospecha ante la *bondad* de los fines espirituales de la Iglesia, derrumbe moral de personas icónicas de la cultura católica, puesta en discusión de virtudes cristianas como la castidad, la bondad del celibato de los sacerdotes, etc.

- Cayendo la Iglesia como garante y guía de la conciencia moral, nos encontramos hoy sin referentes valóricos, porque escuela y familia tampoco gozan de buena salud y las demás instituciones se desprestigian constantemente⁶. Al presente nos encontramos ante el total dominio del pensamiento débil, que navega a través de los *social media*. Es significativo que los políticos den más importancia a los mensajes de twitter que a las propuestas parlamentarias. El relativismo es el dogma de *youtubers e influencers* como también de no pocos políticos. Sin embargo, este relativismo moral y político está llevando a nuevas formas de imposición ideológica... No olvidemos que en el reino del relativismo vence, no quien tiene la verdad, sino quien es capaz de imponer una idea, ya sea por la fuerza del dinero, ya sea por la presión de los medios de comunicación⁷. De hecho, vemos que ninguna ideología logra convencer a las masas, que fácilmente pasan de izquierda a derecha sin ninguna convicción profunda.
- La crisis de las certezas ha puesto a todas las *narraciones* al mismo nivel. Como me dijo recientemente un amigo de infancia, en Chile tenemos que convencernos de que la Iglesia se ha convertido en una *tribu urbana más*. El cristianismo está

⁶ Es paradójico que una periodista como Valentina Alazraki haya puesto a los periodistas como centinelas de la verdad en la lucha contra los abusos del clero y los encubrimientos por parte de los obispos (encuentro sobre la protección de los menores, Roma, 23 de febrero 2019). Más allá de la sinceridad de las palabras de la periodista, sabemos cuánto pueden ser manipulables los medios de comunicación. No olvidemos que el comunismo ruso transmitió sus mentiras a través de un periódico llamado Pravda, la verdad.

⁷ Cf. R. BOUDON, *Elogio del senso comune*, Rubettino, Soveria Mannelli 2006, 3-4.

dejando de ser *la religión* de Chile en cuanto que ya no es el motor propulsor de la sociedad ni es relevante a la hora de tomar decisiones políticas⁸. La gran mayoría de los cristianos de hoy vive un *cristianismo no confesional*: una especie de mix de vago sentimiento religioso, un humanismo horizontalista, mezclado con valores cristianos y nuevas experiencias *espirituales*: ecología, veganismo, atracción por el Oriente, etc.

- Sin referentes valóricos que guíen a las masas, la técnica y la economía asumen un rol fundamental en la toma de decisiones políticas y sociales. ¡La ciencia es la nueva religión y los científicos sus sacerdotes! La ciencia, desligada de la filosofía –que busca las causas últimas de los fenómenos y no su mera descripción lingüística–, se degrada en mera técnica o, peor aún, en tecnología. El objetivo de esta ciencia-técnica no es encontrar la verdad o las causas, porque el positivismo científico rechaza la definición clásica de ciencia como *cognitio certa per causas*, sino más bien como la capacidad modificar las circunstancias externas –ambientales, económicas y de salud– con el fin de transformar al hombre y ofrecerle un mayor bienestar inmediato. El objetivo de la técnica es manipular la naturaleza para los propios fines. La tierra, en vez de ser *Mater*, se vuelve *materia*.

Sin embargo, la economía y la técnica, ciegas ante los principios valóricos, lleva a lo que papa Francisco llamará la «cultura del descartes»⁹. Esto es así porque técnica y economía siguen criterios de eficiencia que no pueden ser aplicados sin más a las personas. La persona es vista solo desde la perspectiva del consumo y del uso: el *homo technologicus* termina siendo un consumidor y un usuario.

Una aplicación al problema de la depresión del *homo technologicus* la encontramos en una intervención, que navega por las redes sociales, de Umberto Galimberti, sociólogo y psicoanalista italiano. Para el conocido académico italiano, hasta 1960, la depresión estaba organizada alrededor del sentimiento de culpa. En el presente, la depresión se organiza como sentimiento de insuficiencia. Precisamente la técnica y la economía, que se rigen por criterios de eficiencia y de consumo, convierten a las personas en funcionarios de

⁸ Cf. E. SCOGNAMIGLIO, «Fine corsa? La crisi del cristianesimo confessionale. Riflessioni in margine a un recente saggio di sociologia», *Asprenas* 65 (2018), 109-124.

⁹ FRANCISCO, *Mensaje al VIII Foro social mundial de las migraciones* (26 de octubre de 2018).

aparatos económicos. Vales lo que produces, progresa quien domina la técnica, no quien es más *humano*.

En este contexto de luces y sombras la universidad se coloca como *locus prominentis* de la investigación y de la búsqueda de la verdad sobre el mundo, el hombre y sobre Dios. Sin embargo, también la universidad puede caer –y de hecho ha caído– en la trampa del pragmatismo técnico. Si es verdad que los institutos de formación superior deben preparar a los estudiantes en las competencias necesarias para su inserción en el mundo del trabajo –y el primer servicio que la Universidad Católica debe ofrecer a sus estudiantes es una excelente preparación para el éxito laboral–, es todavía más verdadero que una universidad debería poder usar tal nombre solo y exclusivamente si es *universitas* –educadora integral del hombre integral– y no se contenta con ser solamente un distribuidor de competencias técnicas.

Más precisamente, la universidad puede aprovechar esta oportunidad histórica y convertirse en foco de sentido, tomando a la persona en su integridad, manteniendo su estándar y luchando por la excelencia, o seguir la lógica pragmática conformándose con preparar funcionarios eficientes que calcen en el engranaje social, pero no personas felices y realizadas. El documento *Presencia de la Iglesia en la Universidad* (I,4) afirma: «Esta *profesionalización*, cuyos efectos benéficos son innegables, no siempre encuadra dentro de una formación *universitaria* al sentido de los valores, a la deontología profesional y al confronto con otras disciplinas como complemento de la necesaria especialización».

3. El problema: ¿tiene sentido tiene promover una Universidad Católica?

Según las estadísticas el número de quienes se reconocen católicos en Chile ha descendido vertiginosamente en los últimos años. Esta situación replantea el significado mismo de las instituciones católicas dentro del marco de una población que ya no se reconoce parte de esta confesión religiosa. Los mismos jóvenes que entran en las universidades católicas no consideran el adjetivo “católica” como motivo de su elección¹⁰. Si la Universidad Católica debe contribuir al diálogo entre fe y razón y así inserirse en la misión evangelizadora de la Iglesia, qué sentido tiene este diálogo cuando a la mayor parte de nuestros estudiantes no interesa este diálogo, o se muestra poco entusiasta a participar en las actividades pastorales de la universidad. Los católicos fervorosos que estudian en

¹⁰ Solo el 13 % de los jóvenes sudamericanos han escogido la Universidad Católica por el hecho de ser católica.

nuestras universidades encuentran ya la satisfacción de las propias inclinaciones espirituales en sus parroquias, grupos juveniles o movimientos laicales.

Cuando leemos la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae* podemos advertir la transformación cultural entre la generación de los 90 y nuestro tiempo. En sus elementos estructurales, la *Ex corde Ecclesiae* mantiene su valor y continúa siendo un punto de referencia para las universidades católicas. Sin embargo, sería necesario actualizar no pocos temas. La misma experiencia universitaria de Juan Pablo II refleja un periodo determinado de la historia que en el que ya no nos podemos ver reflejados completamente¹¹. Más específicamente habría que hacerse algunas preguntas: podemos preguntarnos, por ejemplo, qué agrega el adjetivo *católico* a la universidad, veinte años después de la *Ex corde Ecclesiae*.

Universidad *católica* no puede entenderse ciertamente como una universidad "confesional" o universidad "de confesión católica". Existen, de hecho, algunas facultades *confesionales* como también existen las universidades eclesásticas. Para el estudio universitario de la teología, por ejemplo, se requiere necesariamente la fe. Sin la fe no hay acceso al texto sagrado¹². Sin la fe sobrenatural la teología se reduciría a *historia del dogma* o a *religiones comparadas*, pero no sería *Sacra Theologia* en sentido estricto. La Universidad Católica no puede ser *confesional*, incluso si todos sus alumnos fueran católicos. Toda universidad debe preservar celosamente su legítima autonomía en el campo del saber que le corresponde¹³. Desde esta perspectiva, aunque la Universidad Católica entra en la misión evangelizadora de la Iglesia, no se debe entender la universidad como un campo para hacer proselitismo, ni como una pecera donde ir a pescar *vocaciones* cristianas.

La universidad tampoco es *católica* porque está dirigida solo a estudiantes católicos o porque está compuesta de católicos practicantes. Ya vimos que una buena parte de la sociedad chilena ha dejado de sentirse católica en el sentido confesional del término.

¹¹ Juan Pablo II describe su experiencia universitaria en tonos sumamente positivos, *Ex corde Ecclesiae*, n. 2: «Durante muchos años yo mismo viví la benéfica experiencia, que me enriqueció interiormente, de aquello que es propio de la vida universitaria: la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que aprenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad».

¹² Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, n. 29.

¹³ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 29: «La Iglesia, aceptando «la legítima autonomía de la cultura humana y especialmente la de las ciencias, reconoce también la libertad académica de cada estudioso en la disciplina de su competencia, de acuerdo con los principios y métodos de la ciencia, a la que ella se refiere, y dentro de las exigencias de la verdad y del bien común».

La Universidad Católica mantiene su valor y continúa teniendo un lugar en la sociedad no obstante la disminución de la población católica. Es verdad que muchos jóvenes católicos se sentirán atraídos por universidades que comulguen con sus ideales y con su visión de la vida, sin embargo, la Universidad Católica debe ser un laboratorio de intercambio cultural y religioso, de tolerancia y de respeto hacia las creencias de todos. Para los estudiantes católicos, la Universidad Católica tiene que establecer una pastoral universitaria que salga al encuentro de las necesidades espirituales de sus miembros¹⁴ y debe estar también abierta a aquellas iniciativas espirituales y de voluntariado que puedan surgir de otras confesiones religiosas.

La universidad es *católica*, en primer lugar, en su sentido etimológico. Καθολικός viene de κατά ὅλος, *de acuerdo con la totalidad*, y es la versión griega del latín *universalis-universitas*. La universidad, en sí misma y por su propia naturaleza es *católica*. La *universitas studiorum* tiene como finalidad ofrecer una visión de conjunto que armonice, sin anularlas, las diferencias de método y de objeto de cada una de las ciencias que enseña. La virtud intelectual de la *Sapientia* no es otra cosa que el conocimiento de la realidad compleja reconduciéndola a sus principios estructurales y a su unidad originaria. Una universidad cuyas facultades se extendieran como líneas paralelas sobre un plano euclídeo, sin jamás tocarse, no podría ser, de hecho, *universitas*. Gracias al διάλογος –razón que va y viene del todo a las partes y de las partes al todo– la universidad podrá formar al estudiante de modo integral.

De acuerdo con esto todas las universidades tienen una vocación *católica* que es necesario reconocer. Sin embargo, aquí nos estamos refiriendo a las universidades que además de conformarse a las normativas educativas nacionales, responden a la descripción de la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*:

Una Universidad Católica, en cuanto católica, inspira y realiza su investigación, la enseñanza y todas las demás actividades según los ideales, principios y actitudes católicos. Ella está vinculada a la Iglesia o por el trámite de un formal vínculo constitutivo o estatu-

¹⁴ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 39: «De esta manera, se ofrecerán oportunidades a los miembros católicos de la Comunidad para asimilar en su vida la doctrina y la práctica católicas. Se les animará a participar en la celebración de los sacramentos, especialmente del sacramento de la Eucaristía, como el más perfecto acto del culto comunitario. Aquellas comunidades académicas que tienen en su seno una importante presencia de personas pertenecientes a diferentes Iglesias, Comunidades eclesiales o religiones, respetarán sus respectivas iniciativas de reflexión y oración en la salvaguardia de su credo».

tario, o en virtud de un compromiso institucional asumido por sus responsables¹⁵.

La *Ex Corde Ecclesiae* pide que toda Universidad Católica manifieste su propia identidad católica. La universidad *Finis Terrae* la expresa claramente en su página institucional. Misión de esta universidad es «contribuir a la formación integral de personas que sean agentes de transformación de la sociedad y de la cultura conforme a los valores cristianos, y construir una comunidad académica de excelencia que busca la verdad, el bien y la belleza». Esto significa que la *Finis Terrae* no es solamente una universidad “de inspiración cristiana” sino que posee una clara “identidad” católica¹⁶.

Ahora bien, volvemos a la pregunta inicial: ¿tiene sentido promover una universidad con una clara identidad católica? No estoy hablando de oportunidad, sino de sentido. Algunos podrían ver en la Academia una estrategia de la Iglesia para influir en la cultura, pero no correspondiente necesaria a su esencia. Por este motivo, creo que es necesario preguntar a la teología para ver si nuestra labor puede encontrar en la dinámica de la revelación una vía de solución a nuestra pregunta.

4. Fundamento teológico de la presencia de la Iglesia en el mundo de la cultura

Quisiera por tanto llevar el discurso a aguas más profundas. Para todos es claro que la Universidad Católica ha ocupado un puesto de relevancia en la formación de la cultura católica y ha sido una institución que ha ofrecido al mundo frutos valiosos en todos los campos, no solo religioso sino también cultural, científico, artístico, etc.

Sin embargo, la Universidad Católica hunde sus raíces en la misión misma de la Iglesia en el mundo, que sigue la dinámica sobrenatural de la encarnación, llevada a su plenitud en el misterio cristiano fundamental: la encarnación del Verbo divino. Esta verdad teológica introduce en la sociedad dos aspectos que son fundamentales para la relación entre Iglesia y mundo, entre la *universalis-*

¹⁵ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, art. 2, § 2.

¹⁶ Juan Manuel Mora, vicerrector de Comunicación de la Universidad de Navarra, en una relación con el título «Universidades de inspiración cristiana: identidad, cultura, comunicación» (consultable en <https://es.romana.org/54/estudio/universidades-de-inspiracion-cristiana-identidad-c/> [20/06/2019]) usa como sinónimos los términos identidad e inspiración. Creo, sin embargo, que se puede establecer una diferencia. La *Ex corde Ecclesiae*, n. 13, afirma que una Universidad Católica debe poseer como característica esencial una inspiración cristiana, con lo que manifiesta la diferencia entre ambas definiciones.

dad y la *catolicidad* de la universidad. El primero es el principio de Calcedonia y el segundo, la relación entre fe y razón.

a. *El principio de Calcedonia*

Este primer aspecto lo podemos definir como *principio de Calcedonia*. En el Concilio de Calcedonia (año 451) se definió solemnemente la naturaleza humana completa de Jesús, Hijo de Dios, nacido de mujer. Dado que Cristo fue enviado por el Padre a redimir a todo el hombre, éste debía poseer una naturaleza humana con todas sus características y propiedades, a excepción del pecado. Esta exclusión del pecado manifiesta que la corrupción moral no pertenece a la esencia de lo humano sino a un desorden de naturaleza histórica, misterioso para nosotros, pero real. Cristo no asume el pecado, su misión es salvarnos del pecado. Para ello no mutila al hombre, no lo disecciona, lo eleva en todo lo que es humano. Esta verdad de fe fue expresada con el axioma: *quod non est assumptum non est redemptum* (lo que no es asumido no es redimido).

¿Cuál es la relación que se establece entre las dos naturalezas, humana y divina, en la única Persona divina del Verbo, es decir, la segunda Persona de la Santísima Trinidad? Los Padres de la Iglesia usaron un término griego tomado de la filosofía estoica y la aplicaron, primero al misterio de Jesucristo y después al misterio trinitario. Este término es *περιχώρησις*, que, aplicada al misterio de Jesucristo, es la perfecta compenetración de las dos naturalezas –humana y divina–, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en la única persona divina del Verbo. Las características de ambas naturalezas permanecen inalteradas y actúan conjuntamente en la única persona divina de Jesús de Nazaret. Cuando se aplica al misterio trinitario, significa la perfecta compenetración y cohabitación de las Tres Personas divinas en la única sustancia de Dios.

En virtud de este principio, en Jesús lo divino y lo humano –lo eterno y lo temporal– se compenetran perfectamente. Él es el auténtico *universal concreto*. Por esto su acción histórica es *teándrica*: las palabras, las acciones, las convicciones de Cristo poseían las características de ambas naturalezas, sin mezcla y sin confusión.

Por esto, Jesús no es un hombre superior, más avanzado que nosotros, con superpoderes –como los superhéroes de los *comics* tan de moda hoy en día– que podría usar con magnanimidad en favor de los más desfavorecidos. No se encuentra a un nivel más avanzado de evolución. No es un iluminado o un *Bodhisattva*.

En cuanto hombre, Jesús es exactamente como nosotros en sus facultades, sentimientos, pasiones, a excepción de la atracción hacia

el pecado –la concupiscencia– que nos acecha cotidianamente. En los evangelios se nos presenta un Jesús tremendamente humano, con necesidades humanas, con sentimientos, emociones, con sufrimiento humano real: llora por la muerte de su amigo y luego lo resucita con su poder divino, experimenta la angustia en Getsemaní, pero sabe que con su poder podría contar con doce legiones de ángeles, establece relaciones de amistad con sus discípulos, con Marta, María y Lázaro y, aunque es autónomo en su misión, vive su inserción en una familia, con su madre y con sus parientes, a los que no rechaza y de los que no reniega, no obstante ellos no sean capaces de entender su modo de proceder. Por este motivo Jesús puede ser nuestro modelo de vida, precisamente porque es uno como nosotros. El Concilio de Calcedonia reaccionó precisamente a la herejía de Eutiques que afirmaba que la naturaleza humana de Cristo habría sido absorbida y anulada por la naturaleza divina. En este caso de la humanidad de Cristo no hubiera quedado nada.

Jesús tampoco es un dios menor o un semidiós. No es un Prometeo cuya benevolencia hacia la humanidad lo lleva a robar el fuego de los dioses; tampoco es un hombre elevado a la divinidad por la potencia divina, como enseñaron los ebionitas y docetistas del siglo II de la cristiandad. Él es Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, como afirma el Credo niceno-constantinopolitano. En la humanidad de Jesús se revela el misterio de un *Emmanuel*, de un Dios-con-nosotros. Santo Tomás de Aquino habla de la humanidad de Cristo como *instrumentum conjunctum divinitatis*¹⁷. Por esto, a la pregunta de Felipe, «muéstranos al Padre», Jesús responde: «¿Tanto tiempo estoy con ustedes y no me reconocen?». La humanidad de Cristo es el *signo* de la presencia de Dios en el mundo y a la vez el *instrumento* de su acción en la historia.

El dogma de Calcedonia toca además un aspecto fundamental del cristianismo y de la cultura que esta religión ha conformado: la visión cristiana de la historia. Gracias a la encarnación del Verbo, en la Persona de Cristo, no solo se sintetizan armónicamente trascendencia y encarnación, humanidad y divinidad, sino también el sentido del tiempo y de la historia en relación con la atemporalidad y la eternidad. En Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, toda la historia de la humanidad es asumida y *compenetrada* (περιχώρησις) por la divinidad.

Un símbolo gráfico de esta conciencia cristiana la encontramos en la catedral de Otranto en el sur de Italia. El piso de esta iglesia del siglo doce está adornado con un mosaico que representa el árbol de la vida. En cada una de sus ramas se describen episodios de la historia sagrada, de la Biblia, pero también las leyendas –

¹⁷ THOMAS AQUINAS, *Summa Theologiae*, III, q. 64, a. 3, corpus.

la leyenda del santo Grial-, los mitos, orientales y occidentales. Además están representadas los meses del año, los signos del zodiaco, los diversos oficios del hombre –la siembra, el cultivo de la uva y la vendimia, la caza– las actividades humanas y los ciclos del cosmos... Toda la historia de la humanidad, asumida en la humanidad del Verbo, se vuelve historia sagrada: historia de las acciones maravillosas de un Dios que manifiesta un designio de salvación para la humanidad. Por eso la historicidad del hombre no es un puro absurdo, tampoco es el receptáculo de la voluntad de potencia del *Super-hombre*, ni la descripción del proceso dialéctico de la materia en su superación afinalística. La historia está impregnada de la acción temporal-eterna del Verbo encarnado, Sumo Sacerdote de toda la creación.

¿Qué tiene que ver todo esto con nuestro tema? ¡Mucho! Gracias al misterio de la encarnación del Verbo *todo* el hombre es redimido. No hay nada de lo humano que Jesús no haya tocado, dándole sentido y en cierto sentido *divinizándolo*. Es por esto que Jesucristo, como afirma el Concilio Vaticano II, revela el hombre al hombre: «el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»¹⁸. En este misterio se manifiesta la altísima dignidad de todos los hombres, sin excepción, independientemente de su situación concreta, y se revela la dignidad de su acción y de su trabajo, por humilde o insignificante que sea... Y gracias al misterio definido por la Iglesia en Calcedonia, el hombre puede acceder finalmente al misterio de su propia existencia y descubrir quién es realmente.

El principio de Calcedonia se puede transferir de Jesús a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. También la Iglesia está dotada de una naturaleza *teándrica*: es divina porque brota del designo salvífico de la Trinidad, es divina por su fundador, y es divina por la gracia y los sacramentos. Es divina porque es la eternidad que se hace presente en la historia. La Iglesia es, como escribió H. de Lubac, *Jésus-Christ répandu et communiqué*¹⁹.

La Iglesia es también humana. Esto en dos sentidos: en primer lugar, es humana porque está constituida por hombres que, llamados por Dios –este es el significado de *ἐκκλησία*, asamblea de convocados–, se adhieren libremente a ella y gozan de los bienes eternos que Cristo comunica a través del ministerio sacramental y de caridad. En segundo lugar, la Iglesia es humana porque participa de la fragilidad de la condición humana. Había dicho más arriba que en Cristo la compenetración entre las dos naturalezas era perfecta y armónica, sin confusión, sin mezcla y sin división. Es necesario

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 21.

¹⁹ H. DE LUBAC, *Catholicisme*, Cerf, Paris 1938, 25.

decir, sin embargo, que en la Iglesia la unión no es así de estrecha y profunda. Es una unión herida por el pecado. En el Cuerpo Místico de Cristo, lo humano y lo divino, lo temporal y lo eterno, el pecado y la gracia, coexisten en una tensión paradójica y en un frágil equilibrio. Si la Iglesia, en palabras de Jean Daniélou, es la Esposa vestida de joyas que espera a su Esposo, es también, como enseñó Joseph Ratzinger, una Esposa bellísima pero con su blanco vestido manchado y desgarrado por el pecado de sus miembros. A lo largo de los siglos, la incoherencia de vida de los cristianos ha lacerado a la Iglesia y han comprometido la credibilidad de sus misión en el mundo.

Finalmente, el principio de Calcedonia podría aplicarse a cada cristiano. De esto hacemos experiencia cotidiana. Sabemos que por el bautismo se nos ha comunicado la vida divina, somos *divinae naturae consortes*, hijos en el Hijo. La gracia, presencia misteriosa de la Trinidad que habita en nosotros como en un Templo, es entendida como divinización, participación de los bienes de la filiación divina. Las obras buenas, realizadas en gracia, tienen un mérito y un valor eternos, sin perder por ello su carácter humano. El santo es el más humano de entre los hombres precisamente a causa de su unión con Dios. Sin embargo, no obstante los auxilios de la gracia y de los sacramentos, sabemos con cuánta fatiga nos dejamos guiar por nuestra condición de hijos de Dios. La vida del hombre es una historia de gracia y de pecado. *Video meliora proboque, deteriora sequor*, constataba Ovidio. San Pablo lo expresa de este modo: «no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» –*Non enim, quod volo bonum, facio, sed, quod nolo malum, hoc ago* (Rom 7,19).

Podemos sacar algunas conclusiones con respecto a nuestro tema. La Iglesia puede hacer suyo el verso del poeta Terencio: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*. La Iglesia tiene una misión en todo lo que tiene que ver con lo humano, porque la redención de Cristo debe llegar a todos los aspectos de la vida del hombre. El Evangelio es una buena nueva que corresponde a las aspiraciones más profundas del hombre, precisamente porque se propone como un camino que no deja fuera nada de lo que es humano.

Ápice de lo *humanum* es la cultura, la civilización. Como enseñó Juan Pablo II, en la sede de las Naciones Unidas, «El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios»²⁰. La promoción de una cultura en actitud de escucha de la trascendencia es misión de toda

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a la quincuagésima asamblea general de las Naciones Unidas* (5 de octubre de 1995), n. 9: «toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la

universidad y por ello también de la Universidad Católica. Por este motivo no se debe juzgar el valor de las instituciones educativas católicas en proporción al número de estudiantes que se adhieren al catolicismo como religión o que participan en la pastoral universitaria. Es un servicio que la Iglesia hace al mundo en cuanto tal, más allá del beneficio en términos de adeptos, de productividad económica o de influjo social. Una Universidad Católica en una sociedad no católica es una prerrogativa intrínseca de la Iglesia en virtud del principio de Calcedonia. Esto es de por sí evidente en zonas geográficas de tradición no católica, donde las instituciones educativas de la Iglesia gozan de grande prestigio, precisamente en cuanto promueven lo mejor de lo *humano*, contribuyendo de este modo al bien de la sociedad. La Universidad Católica es como la levadura en una masa que siente la necesidad de salir de los estrechos márgenes que le ha impuesto el pensamiento positivo y empirista.

Otro aspecto del principio de Calcedonia es la relación entre dos dimensiones complementarias de la inserción de la Iglesia en el mundo. Me refiero a la *encarnación* y a la *trascendencia*. He dicho que Jesucristo, en virtud de su encarnación, es verdadero Dios y verdadero hombre. Con su encarnación la eternidad entra en el tiempo, la trascendencia infinita de Dios se concretiza en un contexto histórico y cultural determinado, y desde allí se abre a todos los contextos de tiempos y de lugares. Jesús, Verbo de Dios, entra en la historia no para deshistorizar al hombre, anestesiándolo ante los problemas concretos, sino para abrir las puertas de la historia concreta al misterio de la eternidad. Para encontrar a Dios ya no es necesario huir de la historia y refugiarse en una fortaleza espiritualista, sino penetrar con una inteligencia abierta a los signos de los tiempos y descubrir la acción divina en el mundo.

Por un lado, el mensaje de Cristo trasciende las culturas y las civilizaciones temporales. Por este motivo el cristiano se sentirá siempre un poco como un extranjero en relación con las modas y los modos mundanos de vivir y de ver la realidad. El cristianismo juzga desde la perspectiva teológica, tratando de descubrir en la historia los signos de la presencia de la eternidad. Por otro lado, el mensaje de Cristo es para este mundo. Busca transformar el mundo, humanizándolo. Esto conlleva necesariamente una relativización histórica del cristianismo. Existe el evangelio, la buena nueva del Reino que Cristo nos ha revelado y que nos introduce en el misterio del Amor trinitario, y existen los *cristianismos históricos*, es decir, las diversas encarnaciones del mensaje a lo largo de los siglos y en los contextos geográficos diversos.

dimensión trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios».

Todo esto nos lleva a afirmar que, si bien el cristianismo aparece en un momento de la historia y se desarrolla en la historia, el cristianismo, y el misterio del que es testigo, trasciende la historia y abraza la totalidad la historia, desde la creación hasta su cumplimiento final. ¡El cristianismo es el fin (τέλος) de la historia! El cristianismo es, en palabras de J. Daniélou, *la jeunesse éternelle du monde*²¹. Muchas veces el cristianismo aparecerá como anacronístico con respecto a las modas culturales e históricas, sin embargo, es más verdad que el misterio cristiano es lo nuevo; más aún, es *novissimus*. Las ideologías que aparecen en la historia, y que prometen un *novus ordo*, manifiestan prontamente su caducidad y su profundo anacronismo. Toda ideología, por tanto, está pasada de moda con respecto a la esencia del hombre y de su destino.

Sería bueno hacer un breve *excursus* para hacer notar este aspecto singular del cristianismo en relación con las demás religiones. Me baso en los estudios de Mircea Eliade, sobre todo en un libro titulado *El mito del eterno retorno*²² y en la aplicación de esta doctrina a la teología de la historia hecha por Jean Daniélou²³.

La noción de tiempo y de historia nos permite reconocer cómo las religiones buscan dar sentido a la existencia tratando de huir de la historia y refugiarse en un tiempo mítico que pueda dar sentido a la absurdidad del devenir. La historia, para las religiones tradicionales, como también para el hinduismo y para el mismo pensamiento griego, es un aspecto negativo e incomprensible. Es el eterno retorno de lo igual: lo que ha pasado volverá a pasar, no existe el progreso ni la novedad... *nihil novi sub sole*: no hay nada nuevo bajo el sol. La redención está en la *fuga mundi*, escapar del tiempo a través de los mitos y de la ciclicidad de la liturgia cósmica. El tiempo para los griegos es *Chronos* que devora a sus hijos.

El cristianismo, gracias al misterio de la encarnación del Verbo, reconoce que Dios ha redimido la historia; no solo, Dios mismo se hace presente con un designio progresivo que guía la historia hacia una plenitud: una economía divina. Si el tiempo mítico de las religiones es repetitivo y cíclico, los eventos narrados en la Biblia nos remontan a acciones únicas e irrepetibles. El tiempo no vuelve, no se repite. El tiempo es una línea que tuvo un inicio absoluto y se consumará en un término definitivo. Esta historia es el espacio en donde providencia divina y libertad humana se encuentran y se compenetran misteriosamente.

²¹ J. DANIELOU, «La pensée chrétienne», *Nouvelle revue théologique* 69 (1947), 937.

²² Cf. M. ELIADE, *El mito del eterno retorno*, Alianza/Emecé, Madrid 1999¹³.

²³ Por ejemplo, en su obra *El misterio de la historia*, Dinor, San Sebastián 1957.

Encarnación y trascendencia. La Universidad Católica debe reconocer su inserción en el mundo y su solidaridad con la historia. A la historia como recuento de eventos pasados (*Historia rerum gestarum*), el cristianismo debe promover la noción de historia como compromiso y lucha para dar a la historia un sentido y una dirección que respete la dignidad y no quede anquilosada en formas arcaicas o en anacronismos románticos. La misión de la Universidad Católica es revolucionaria –en un sentido en parte análogo a la visión marxista de la historia– porque debe dar a nuestros jóvenes y a la sociedad los instrumentos para contrarrestar los varios *opios del pueblo* que los tienen adormecidos²⁴.

Como la Iglesia, también la Universidad Católica debe mantener el equilibrio paradójico entre encarnación y trascendencia. Si la Iglesia se preocupara solo del alma y de cómo llegar al cielo, de oraciones y devociones, se convertiría en una *fuga mundi* para los temerosos, débiles y pasivos. Sería realmente *el opio del pueblo*. Pero, por otro lado, si la Iglesia perdiera su dimensión trascendente y se preocupara solo por encarnarse en la sociedad, perdería su sentido y se convertiría en sal que no es capaz de dar sabor de eternidad a un mundo necesitado de trascendencia.

Encarnación y trascendencia. La Universidad Católica comparte con la Iglesia, la apertura a la totalidad del ser. El mantener la dimensión trascendente como parte integrante del saber preservará a la universidad de cerrarse en un positivismo científico miope y reducido a cálculo y fórmulas. En este sentido la razón científica debe armonizarse con la razón simbólica y con la reintroducción de la categoría de confianza y de fe. La fe antes de ser una virtud teologal y religiosa, es una característica de nuestro conocer.

Cuando hablamos de trascendencia nos referimos a todo lo que va más allá del dato experimental. Es el universo del sentido, de la sabiduría, el significado del arte, la historia, etc. Esto es sumamente importante en nuestro tiempo en el que sufrimos una crisis de sentido. Como he dicho al inicio de esta relación, la sociedad contemporánea sigue los criterios de la eficiencia. La técnica, que había prometido al hombre la satisfacción de sus necesidades más íntimas, transformando las condiciones externas de la sociedad, ha quedado enredada en la telaraña de la productividad, de la eficiencia y de la competitividad. La *profecía* de Malraux –«el siglo XXI será espiritual, o no será»– está manifestando toda su verdad, desgraciadamente en sentido negativo. De hecho, la sociedad contemporánea

²⁴ Realmente la visión marxista de la historia es una secularización de la teología cristiana de la historia, cf. K. LÖWTH, *Significato e fine della storia. I presupposti teologici della filosofia della storia*, Il Saggiatore, Milano 2004.

nea –del *smartphone* y de los *social media*– está demostrando todo el vacío existencial en el que abandona a los *usuarios de servicios*.

Antes de pasar al siguiente punto, es necesario aclarar un aspecto de la relación entre encarnación y trascendencia. Existe de hecho un modo de considerar la presencia del cristianismo como un fermento que debería actuar desde lo oculto, sin manifestarse con signos o expresiones explícitas de fe o de pertenencia. Ésta es una estrategia que afirma que es necesario esconder lo cristiano para que aparezca lo humano. El cristianismo –y en concreto la universidad– tendría que colaborar con otras realidades sociales en la construcción de una civilización fundada en un *humanismo* no confesional, válido para todos los hombres y para todas las culturas; una especie de plataforma inicial en el que todos nos encontremos de acuerdo, en la promoción de lo humano. Los signos de pertenencia religiosa serían un obstáculo que entorpecería el diálogo. La existencia misma de una *Universidad Católica* indicaría un exclusivismo que podría comprometer la libertad de conciencia y no sería visto como un buen gesto de tolerancia hacia otras religiones o estudiantes laicos. Por este motivo creo que sí existe, históricamente, una distinción entre “Universidad Católica” y “Universidad de inspiración cristiana”. La segunda denominación relativiza el valor de la identidad católica, proponiéndose más bien como una Universidad que comparte con el cristianismo algunos valores fundamentales que la inspiran, pero que no son vinculantes.

Esta visión de cristianismo tiene sus méritos. La Universidad Católica se debe abstener de hacer proselitismo entre sus alumnos o mortificar las creencias de quienes no comparten la fe católica. Sin embargo, este pretendido ocultamiento de lo cristiano para que se manifieste lo humano, manifiesta una insuficiente comprensión del misterio del Verbo encarnado. Por todo lo que hemos dicho hasta ahora Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es revelación del misterio divino pero también manifestación de la excelsa dignidad de la persona humana. Por este motivo, una clara identidad católica por parte de la universidad no solo no mortifica el diálogo, sino que lo hace posible. No olvidemos que, más allá de proselitismos irrespetuosos, la figura de Cristo ha despertado admiración en todas las culturas. Ramakrishna, Vivekananda, Gandhi, etc., han sido cautivados por Jesús y por su mensaje aunque no se hayan convertido al cristianismo. El mismo hinduismo se ha *humanizado* en muchos aspectos gracias al contacto con el cristianismo.

b. La religión del Logos y la universidad

El cristianismo es la religión del *Logos*. El prólogo de san Juan lo expresa claramente: Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν

θεόν, καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος. El *Logos* eterno es el resplandor eterno y perfecto del Padre, reflejo subsistente de su infinita Sabiduría, en el cual el Padre ha creado todas las cosas. En este *Logos* encarnado, los hombres tenemos acceso al misterio de Dios y, conjuntamente, se nos expanden los límites de nuestra comprensión, abarcando la totalidad del ser.

Por este motivo, el cristianismo, ya desde sus orígenes, se sintió heredero, no solo de la experiencia histórica del Dios de Israel, sino también del esfuerzo reflexivo de la filosofía griega para llegar a Dios como *Ipsum Esse subsistens*. Si el pueblo de Israel había experimentado la cercanía de un Dios creador y providente, que se manifiesta en la historia y que ama intensamente al hombre, la filosofía griega, gracias a la *ratio* analógica, se había elevado del conocimiento puramente empírico a las profundidades del ser, hasta su principio fundante. La fe cristiana no solo da un espacio al pensamiento racional: exige el uso de la razón, hasta el punto de afirmar que «no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios»²⁵.

La Universidad Católica existe precisamente gracias a esta síntesis entre investigación histórica y reflexión filosófica. La *ratio christiana* es, en virtud de su origen y de su visión de Dios, a la vez, *intellectus, ratio, fides, exégesis histórica e inducción experimental*. En su historia casi milenaria la Universidad Católica no ha excluido ninguna forma de pensamiento y ha contribuido en modo decisivo en todos los campos del saber. Por este motivo la Universidad Católica ha sido siempre el lugar del diálogo, la casa de la sabiduría, el *forum* del debate, el espacio del encuentro fecundo entre fe y razón. Las veces que este diálogo ha sido interrumpido o se ha viciado, casi siempre el motivo fundamental ha sido la introducción de ideologías que han reducido el *logos* o a cálculo o a *empíria*, abandonando la apertura a la totalidad del saber. Así lo vio Papa Benedicto XVI en su célebre discurso en Ratisbona:

Este concepto moderno de la razón [...] presupone la estructura matemática de la materia, su racionalidad intrínseca, por decirlo así, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada: este presupuesto de fondo es en cierto modo el elemento platónico en la comprensión moderna de la naturaleza. Por otra [parte], se trata de la posibilidad de explotar la naturaleza para nuestros propósitos, en cuyo caso solo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva.

Esta situación ha llevado a considerar como científico y válido solo aquel conocimiento que derivase de la síntesis entre matemática y método empírico. Importa solo aquello que puede ser em-

²⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso de Ratisbona* (12 de septiembre de 2006).

píricamente verificable con un experimento positivo. La fe es considerada solo un epifenómeno de la sensibilidad, un movimiento emotivo irracional. Ahora bien, con una reducción de la ciencia a experimento, es obvio que no existe un lugar para otros saberes que no son empíricamente verificables. Somos herederos del neopositivismo científico que despreciaba como *afirmaciones sin sentido* todo lo que no fuera, al menos hipotéticamente, verificable (la *Protokol Sätze* de los neopositivistas). Fe, teología, filosofía, pero también las demás *ciencias del espíritu*, son consideradas formas de pensar que no tendrían cabida en la universidad.

Es significativo que en el contexto católico, si bien existen las facultades eclesiásticas, en donde la teología es la reina de las ciencias, éstas no pueden ser equiparadas a las *madradas*, a las escuelas coránicas de la cultura musulmana. La *madrada* islámica tiene como método fundamental de estudio la memorización del Corán (*hafiz*). Otros conocimientos estarán subordinados al estudio del Corán. El islam dio origen a grandes filósofos, como Avicena y Averroes, pero la tendencia que ha dominado desde el siglo XII hasta el presente es el fideísmo acosmista de Al-Gazhali y de su libro *La incoherencia de los filósofos*. Por este motivo la relación entre islam y saber científico no ha sido tan feliz a lo largo de los siglos. Es paradigmática la respuesta que el califa Omar habría dado a propósito de la célebre biblioteca de Alejandría: «Si los libros contienen la misma doctrina del Corán, no sirven para nada porque repiten; si los libros no están de acuerdo con la doctrina del Corán, no tiene caso conservarlos».

En una actitud de neta oposición podemos ver el testimonio de Clemente Alejandrino, considerado el primer filósofo cristiano. Él no solo ve la conveniencia del pensamiento racional como complementario a la fe, incluso llega a desafiar a quienes, como los compañeros de Ulises, prefieren taparse los oídos y no *pensar* para evitar caer en la tentación de perder la propia fe cristiana. Si la fe no puede ser vivida racionalmente, entonces no es humana:

El vulgo, como los niños que temen al coco, teme a la filosofía griega por miedo de ser extraviado por ella. Sin embargo, si la fe que tienen –ya que no me atrevo a llamarla conocimiento– es tal que puede perderse con argumentos, que se pierda, pues con esto solo ya confiesan que no tienen la verdad. Porque la verdad es invencible: las falsas opiniones son las que se pierden²⁶.

Ante el reduccionismo científicista y al fideísmo religioso –verdadero tema del discurso de Benedicto XVI en Ratisbona–, la *ratio christiana* no teme el encuentro académico cordial, profundo, siste-

²⁶ CLEMENTE ALEJANDRINO, *Stromata*, VI, 10,80,5.

mático y franco con las ciencias o con otras tradiciones religiosas. Más aún, promueve constantemente este diálogo. Llama la atención que el diálogo entre ciencia y fe, constantemente promovido por las facultades eclesiásticas y católicas, sea casi totalmente ausente en el mundo de las universidades laicas. Esto es así porque la misma fe posee un dinamismo que la lleva a dialogar con la razón. La fe, antes que ser adhesión sobrenatural al misterio de Dios que se revela en Cristo, es una actitud de confianza en relación con la realidad y con la capacidad de conocer dicha realidad. Desde esta perspectiva la *fe-confianza* es absolutamente necesaria también en el ejercicio de la razón científica. John Lennox, célebre matemático de Oxford, afirmaba que la fe en Dios y la fe en la ciencia tenían más cosas en común de lo que podría parecer a primera vista. La fe, como confianza de la razón, es esencial para la ciencia, es el motor que ha impulsado a muchos científicos en la búsqueda de la verdad²⁷.

Recuerdo un artículo que leí años antes de que se pusiera en marcha el Gran Colisionador de Hadrones del CERN en Suiza. En ese artículo un científico italiano, que participaba en el proyecto, explicaba en qué consistía esta gran estructura. Sin embargo, al final del artículo confesó que no sabía para qué iba a servir ese enorme esfuerzo. En el CERN los científicos no sabían bien qué buscaban, por qué lo buscaban y si realmente iban a obtener respuestas. Un científico sin fe no tiene el empuje para llevar adelante su investigación. La fe humana, como adhesión de la razón a lo que no es empíricamente verificable, es la base sobre la que se sostiene tanto la fe sobrenatural como la razón científica integral.

La armonía entre fe y razón abre además a la relación interpersonal, cosa que no es posible con la sola razón empírica. No existe ciencia sin confianza en el testimonio de otros a los que se considera maestros o precursores. La ciencia es posible si se lleva a cabo en una comunidad de personas que confían entre sí. San Juan Pablo II lo ha descrito magistralmente en su encíclica *Fides et ratio*:

Cada uno, al creer, confía en los conocimientos adquiridos por otras personas. En ello se puede percibir una tensión significativa: por una parte el conocimiento a través de una creencia parece una forma imperfecta de conocimiento, que debe perfeccionarse progresivamente mediante la evidencia lograda personalmente; por otra, la creencia con frecuencia resulta más rica desde el punto de vista humano que la simple evidencia, porque incluye una relación

²⁷ Cf. M. DIEZ BOSCH, «Professor John Lennox on why atheists are missing the target», Jun 28, 2016,

<https://aleteia.org/2016/06/28/professor-john-lennox-on-why-atheists-are-missing-the-target/> [27/06/2019]

interpersonal y pone en juego no solo las posibilidades cognoscitivas, sino también la capacidad más radical de confiar en otras personas, entrando así en una relación más estable e íntima con ellas²⁸.

Por este motivo, la afirmación *hay cosas que se conocen por la fe y otras por la razón* es totalmente inadecuada. La fe es una *adhesión* de la razón, no una renuncia a razonar. La fe es la misma razón que se abre, razonablemente, a lo que no puede conocer, en virtud de la confianza que pone en quienes son autoridades, en quienes nos han precedido en la búsqueda de la verdad.

5. Aplicaciones prácticas del fundamento al presente contexto cultural

Es necesario, a conclusión de nuestras reflexiones, volver a preguntarnos *¿por qué una Universidad Católica?* Hemos visto que es posible dar varias respuestas. No podemos, ciertamente, responder en modo puramente utilitarístico, como si ésta fuera solo un instrumento para hacer proselitismo religioso. Si así fuera, la Universidad Católica no se diferenciaría en nada de otras universidades o instituciones creadas con el único fin de promover la propia ideología.

Lo que sí tenemos que preguntarnos ahora es cómo responder a la misión de la Universidad Católica en nuestro contexto cultural concreto. Por ello enumero líneas para la acción en nuestra universidad.

Formación integral. En primer lugar, la Universidad Católica debe esmerarse por la excelencia en la formación de competencias en vistas, no solo del trabajo futuro, sino sobre todo en vistas a la realización de la propia misión en la sociedad. Debe ofrecer una formación integral de la persona de acuerdo con una visión del hombre fundada en el evangelio y en el pensamiento racional. Este es el lema de nuestras instituciones académicas: *Integer Homo, formamos personas, preparamos profesionales*. Esta formación integral sigue la dinámica de la encarnación, por la cual, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ha venido a redimir, a perfeccionar y a llevar a plenitud la realidad humana. *Ecce Homo*. Cuando Pilato señaló a Cristo como el *Homo*, sus palabras iban cargadas de un significado infinitamente superior a sus intenciones. Cristo es el *Hombre* en el pleno sentido de la palabra. La Universidad Católica, fiel a su inspiración, debe tomar en cuenta todo el hombre.

Faro de luz y punto de referencia valórico. Otro aspecto de máxima importancia es tomar conciencia de que la misión que la Universidad Católica en el contexto actual de relativismo moral

²⁸ JUAN PABLO II, encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 32.

y gnoseológico es la de ser faro de luz en medio de la oscuridad. En un periodo en el que la Iglesia, la familia y tantas otras instituciones *éticas* pierden terreno, las Universidades Católicas pueden ocupar los espacios que el relativismo ha dejado vacíos: la educación a los valores, a la dignidad y a la veracidad. La Universidad Católica posee una grande credibilidad fundada en la seriedad de los programas, en la capacidad de formar para la excelencia, pero sobre todo por la altura moral y científica de sus profesores, por la cercanía de éstos a sus alumnos, por la preocupación por cada estudiante, que es considerado como lo que es, no por lo que paga o produce. La Universidad Católica, libre de dependencias políticas o culturales, puede indicar el camino para rescatar esta humanidad del dominio del *tener*, y reconducirla al *ser auténtico*.

Interdisciplinarietàad. La universidad no debe olvidar que ha nacido, y debe permanecer, interdisciplinar. El desafío es alcanzar la armonización de los saberes que se perdió al inicio de la modernidad. Esto implica diálogo entre las facultades, sinergias, etc. Sería lamentable que un docente no conociera las riquezas que aporta la Universidad en las diversas áreas del saber. Es necesario por tanto, ofrecer pautas para reconciliar las ciencias. La filosofía –metafísica, epistemología, filosofía de la ciencia– es un arma potente para establecer una plataforma donde las ciencias puedan dialogar. Si la filosofía es la plataforma, la teología es la torre vigía, que lleva las ciencias a su unidad más profunda.

Evangelización de la cultura. Evangelizar la cultura no implica una imposición cultural. Misión de la Universidad Católica no es promover un proselitismo invasivo y superficial. Tampoco debe anquilosarse en formas beneméritas que tal vez sirvieron para el pasado pero no para hoy. Evangelizar la cultura es ponerse al servicio de lo que es auténticamente humano, más allá de los revestimientos históricos. Esto no significa esconder la propia identidad, como ya hemos dicho, o aún peor, adoptar una actitud masoquista de auto-flagelación constante del que parece disfrutar el deporte de arrojar piedras contra el propio tejado. Debemos ser realistas y tener una mirada objetiva sobre la realidad. Por tanto, ni triunfalismo ni pesimismo... La fe cristiana, más allá de las fragilidades y miserias humanas, ha forjado un *humanismo* de perenne validez que encaja perfectamente con las necesidades de la situación actual, pero es necesario un trabajo intenso de mediación y de traducción cultural. Se hace urgente saber redescubrir estos valores y presentarlos de tal modo que sean comprensibles para la sociedad actual.

Mayéutica de la verdad. La universidad es la *casa donde se busca la verdad*, donde se ponen las bases para encontrar el sentido personal y comunitario. La universidad nace para conocer la verdad y po-

nerse así al servicio de la sociedad. Como dice la *Ex corde Ecclesiae*, citando a san Agustín, la Universidad Católica, «comparte con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla»²⁹. Por ello, como también reconoce Juan Pablo II en el mismo documento, «es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la *causa de la verdad*»³⁰. El mejor servicio que esta benemérita institución puede ofrecer a la sociedad y al hombre concreto es establecer una alianza profunda con la causa de la verdad. Esta verdad no puede ser impuesta, sino propuesta. El método socrático –método *mayéutico*– que permite hacer nacer la verdad entre los alumnos y profesores puede ser de gran utilidad. Esto implicará actualizar nuestros métodos de enseñanza, no solo en las fases iniciales de la formación, sino también, y sobre todo, en la Universidad. Si María Montessori apareciera entre nosotros lamentaría que su legado pedagógico apenas ha sido tomado en consideración³¹.

Presencia de la Reina de las ciencias. La *Ex corde Ecclesiae* habla también de la conveniencia de establecer facultades de teología o al menos una cátedra al interno de toda Universidad Católica. La teología, por su naturaleza misma «desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón»³². La teología es *scientia* y *sapientia*. En cuanto ciencia, posee un método de investigación definido –*auditus fidei et intellectus fidei*– y busca llegar a conclusiones verificables. En cuanto *sapientia* unifica los saberes en torno a su principio primero: la eterna Sabiduría encarnada de Cristo, puerta de acceso al misterio Trinitario. La presencia de la teología en nuestra Universidad sería una grande ganancia.

Centinelas de una sociedad que busca a tientas. La Universidad Católica –en virtud de su encarnación en la sociedad– no puede ignorar los «graves problemas contemporáneos». La Universidad es como la torre de guardia que observa desde lo alto la situación concreta en la que viven sus contemporáneos. Se acerca con su saber milenario a «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias

²⁹ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 1.

³⁰ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 4.

³¹ Baste pensar en la descripción que la gran pedagoga italiana hizo de las salas de clases y en particular de los pupitres, en donde los niños deben permanecer inmóviles durante horas, cf. M. MONTESSORI, *Il metodo della pedagogia scientifica applicato all'educazione infantile nelle case dei bambini*, Maglione e Strini, Roma 1918, 12.

³² JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 19.

de los hombres de nuestro tiempo»³³. La *Ex corde Ecclesiae* enumera algunos de estos problemas:

la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político³⁴.

Esto significa que tanto los profesores como las mallas curriculares de las facultades deben ir más allá del nivel de los contenidos, para entrar en el ámbito de las competencias, para analizar los problemas, los principios y las consecuencias de cada área del saber científico y de su repercusión moral y social. Con sencillez y valor tenemos que preguntarnos si nosotros, profesores y dirigentes de la Universidad, estamos en condiciones de poder guiar a nuestros estudiantes en este cambio y superación de perspectiva.

Formación de formadores. Si bien la Universidad Católica debe ofrecer a sus alumnos una formación de excelencia que les permita entrar en el mundo del trabajo, la Universidad siempre ha tenido como misión la de formar formadores, *líderes de acción positiva*. Por este motivo, en primer lugar, se debe dedicar tiempo de calidad a los propios profesores y a sus necesidades, porque ellos son el alma de la Universidad. La búsqueda sincera de la verdad debe partir desde el interior mismo de cada profesor que se tiene que preguntar no solo si es competente en la propia área específica, sino también si guía su enseñanza y su vida de acuerdo con lo que hemos llamado el *humanismo cristiano*.

Me gustaría ofrecer una experiencia personal sobre lo que estoy diciendo: mientras examinaba a estudiantes de quinto año de psicología, un profesor de la Universidad de otro departamento, que examinaba en la misma sala de clases, me preguntó qué enseñaba yo en la Universidad. Mi materia lleva el título de *Conocimiento y acción del pensamiento cristiano*: un curso sobre la *Weltanschauung* cristiana para las tres especializaciones en psicología. «Todos tendríamos que recibir este curso», afirmó entusiasta el profesor cuando le expliqué los contenidos de mi materia. Podríamos aquí seguir el ejemplo de J. Ratzinger, quien preparó su curso *Introducción al cristianismo*, convertido luego en un *best seller*, para profesores y académicos de áreas no teológicas.

Formar formadores significa, por tanto, dar a nuestros académicos aquellos contenidos que puedan servir para la misión fundamental de la Universidad: la búsqueda de la verdad, verdad a la

³³ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 1.

³⁴ JUAN PABLO II, *Ex corde Ecclesiae*, n. 32.

que se llega no solo con la razón empírica y positiva, sino también, y sobre todo, con el análisis histórico y con la síntesis metafísica y teológica. Verdad humana y humanizante que abre la mente a la Verdad divina a la que todo corazón humano aspira (*fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te*).

Formar formadores significa, además, suscitar entre nuestros estudiantes, sobre todo en aquellos que manifiesten más interés y aptitudes, los medios para convertirse en agentes de acción positiva en la sociedad y a su vez, guías de sus compañeros. Para ello es necesario volver a la relación espontánea y fecunda entre maestro y alumno que hizo grande a la *Paideia* griega en donde la *Academia*, la *Stoa* y la comunidad pitagórica eran precisamente eso, comunidad de buscadores de la verdad. Es significativo que en sánscrito la palabra *Upanisad* significa precisamente la actitud del discípulo que se sienta cerca del maestro para adquirir de él y con él la sabiduría. Hoy, desgraciadamente, con las computadoras y tablets, los estudiantes buscan estar lo más lejos del profesor. Esta situación nos tiene que interpelar: si durante mis clases los estudiantes están distraídos con otros asuntos, si lo que yo enseño puede ser fácilmente aprendido por otros medios, entonces tendría que hacer un examen de conciencia y ver si realmente estoy transmitiendo sabiduría, que se recibe directamente del profesor, o si me he convertido en un distribuidor automatizado de conocimientos. Es absolutamente verdad lo que escuché muchos años atrás, cuando estudiaba filosofía: lo que todo profesor debe conocer para poder enseñar con eficacia, no es su materia. ¡Lo primero es conocer al alumno! Cada alumno es un genio en su campo, pero si juzgamos a un pez por su capacidad de subirse a un árbol, pasará los años de universidad pensando que es un inútil.

* * *

Entre los estudiantes que frecuentaban la licencia en filosofía en nuestro Ateneo había un *accordatore* profesional (un afinador de instrumentos). Durante años había trabajado en el teatro de la *Scala di Milano* afinando los instrumentos de los músicos que se exhibían en este célebre escenario. Ya tenía sus años, pero había vuelto a las aulas para estudiar filosofía. Cada vez que lo veía lo llamaba *maestro*. Cuando me preguntó por qué lo llamaba así, a él que era solo un estudiante, yo le respondía afirmando que un profesor, un *insegnante* en italiano, era uno que transmitía un saber que, en mayor o menor medida podría ser encontrado en los libros. Un profesor podría ser reemplazado por otro profesor o por uno o más libros de texto. Un *maestro* era, por el contrario, uno que enseñaba un arte, una espiritualidad, que no podía ser aprendida

en los libros. Un *maestro*, enseña con la vida y enseña para la vida. Músicos, artesanos, orfebres, incluso albañiles, son llamados todavía hoy *maestros*.

Esto lleva consigo una grande verdad. La Universidad Católica no es, no puede ser, una máquina distribuidora de competencias, que se pone en marcha con unas cuantas monedas. La Academia es una comunidad de buscadores de la verdad, una familia constituida por personas que se miran a los ojos, se aprecian mutuamente y crecen mutuamente; es un grupo de amigos amantes de la sabiduría. El paso por la Universidad tendría que dejar una huella indeleble en los estudiantes y en los profesores. Por este motivo la Universidad es llamada *Alma Mater*, *madre nutricia* que alimenta el espíritu y no solo la mente, que abre horizontes en vez de reducir perspectivas con la especialización.

Esto vale para toda Universidad, pero la Universidad Católica tiene como misión principal la de ayudar a todos –profesores, estudiantes, personal auxiliar– a levantar los ojos por encima de lo empírico para abrirse a los vastos horizontes de la realidad total.

Santo Tomás de Aquino define la mente humana como *quodammodo omnia*. El hombre es en cierto sentido todas las cosas. Por este motivo Jesucristo con su encarnación ha asumido todo lo humano, y con ella ha redimido la creación entera. Esta creación maravillosa, salida de las manos del creador y ofrecida al hombre como don de amor sobreabundante –*aperta manu clave amoris creaturae prodierunt*– es el campo de acción de la Universidad Católica y de cada uno de los miembros que la componen.